

la candela sin molestia, que respondió el V. Padre: „ La „ vista se le mejorará, quando „ vea la cara de Dios. Y ello „ así fue, porque nunca mejoró „ de vista hasta la „ muerte.

CAPITULO XX.

Individuánse casos singulares en lo restante del tiempo, que se mantuvo en la Presidencia.

Como para formar un vistoso ramillete, se van atando con orden diversas flores, que juntas recrean la vista, y alhagan al olfato, á este modo procuraré entretexer varios casos, que con el buen olor, que respiran, y las atenciones, que roban á la devocion, sean un ramillete agradable. En estas ocasiones, que solia venir á esta Ciudad de Queretaro, buscò en su casa á un hombre, por remediar su alma. No le encontrò, y dexò encargado á su Esposa le hiciesse saber lo avia solicitado. Dieronle el aviso, que recibio con enfado, diciendo, no

queria verlo, ni tenia negocios con dicho Padre. No obstante, instado de sus familiares vino al Colegio, habló al Padre, quien por no conocerle por su nombre, se lo preguntó: y reconociendo ser el mesmo, que avia solicitado, le dio los brazos, y tomándole las manos, se las llegó al corazón: con esto movido de una fuerza interior, dixo el Secular: „ Padre, pues me ha de confesar. Así no mas (replicò Fr. „ Antonio) te has de confesar, siendo tu confession tan „ larga, como de tres años, que „ no te confiesas? Examine, „ y ven mañana, y te confesaré. Hizolo así el hombre, ya todo mudado, y vino el dia siguiente mas dispuesto, y con las preguntas, y examen, que suplió el Diestro Confessor, acabó su confession con muchas lagrymas. Dixole el Padre al despedirlo: embiame aca á tus Compañeros (sin duda sería alguna garita de perdidos) vinieron todos, y no es dudable mudarian de vida con sus saludables amonestaciones, y consejos.

Caminando de Quereta-

ro para Zacatecas llegó á la hacienda del Mariscal de Castilla, nombrada la Erre, en ocasion, que un rio intermedio venia muy rapido. Eran como las diez del dia, quando llegó el Padre, y preguntándole el Br. D. Augustin de Texeda, Coadjutor de Cura en dicho Partido, que de donde venia? respondió: avia salido á la mañana de la Villa de San Miguel el Grande. Pues por donde vadeò V. P. el Rio, que ha muchos dias no se puede transitar? „ No he visto Rio, dixo „ Fr. Antonio, solo un cañito „ vide, que no me impedia el „ passo. Quedaron admirados quantos lo oyeron, por estar ciertos no podia aver passado de otra fuerte, que haciéndole la puente algun milagro. En esta mesma hacienda la Esposa del Administrador, persona calificada, deseaba mucho confesarse con el V. Padre, que solia varias vezes tener la fortuna de hospedarle: mas la detenia el concepto, que avia formado, de que siendo hombre austero para si, sería para los penitentes rigoroso. Viéndole en una de estas ocasiones

sentado en el confessorio, se puso á la vista, aunque algo retirada. Llamòla el Padre, y la fue confesando con tal amor, que le pareció á la penitente le iba leyendo sus culpas en las membranas de su corazón, dexándola con una dilatacion, y consuelo inexplicable.

No se, si en esta jornada, ó tiempo antes, ó despues hizo Mission en la Villa de Sta. MARIA de los Lagos, q̄ está á medias del camino: quien depuso lo que voy á referir no tuvo curiosidad de apútar el año, y no puedo hacer mas que apuntar los sucesos sin relacion á los años, siendo cierto acaecieron en el tiempo q̄ voy historiendo. Mientras hacia su Mission en dicha Villa, distante cinco, ó seis leguas, avia parido una Señora principal una niña, que por nacer enferma, se bautizó luego, y murio á pocos dias. Ignorando los deudos de la criatura, que se hallaban en la Villa, la tal muerte, la supieron de boca del V. Padre de esta fuerte. Predicaba el Sermon de la Gloria, y todo arrebatado en aquellas inefables dulzuras, tenia con sus palabras

colgados de su voz à sus oyentes: y para declarar la pureza, que debian procurar para lograr tanta dicha, puestos los ojos de la alma en aquella criatura, que le mostró el Señor con luz superior, prorumpio en estas palabras: „ Para entrar en el Cielo, para ir à la „ Gloria, aveis de ser como esta criatura, que traen à enterrar. Volvian el rostro los circunstantes, y no veian nada: y se preguntaban despues del Sermon, que criatura es esta, que nos dixo el Padre? No descubrian cosa, hasta que confabulando en esto, dentro de breve rato llegó à casa de los deudos, que avian assistido en la Iglesia, la dicha criatura, que traxeron de la hacienda de campo, y al verla enterrar, decian todos, admirados: Esta es la dichosa criatura, que nos dixo el Padre en el Sermon: (porque otra no le enteró en aquel dia) este Padre es Santo, quien le dixo tal, ni quien vino de la casa à avisarlo? Esto aseguran personas Ecclesiasticas, y Seculares con los deudos de la criatura.

En la mesma Villa, vien-

do el Alcalde Ordinario, que era quien le tenia en su casa hospedado, su trabajo en predicar, y confessar tan continuo, diciendole, no se mataste tanto, que tomaste el sueño, y sustento à sus horas, le respondió enfático, aunque enardecido: „ Tengo hambre de Confessar: el Borrico que trabaja, „ que oxalà nõ se le llegara à „ acabar tal dicha, y tal pesebre: quizá lo buscarà, y entonces lograr no podrá el „ tiempo: lograr, lograr el „ tiempo, que el descansara. Con este mesmo Sugeto le sucedio, que aviendo sentenciado à la pena de azotes à cierto malhechor, empeñaron su autoridad muchas personas por librarle. No teniendo efecto su petition, acudieron à valerse del aylo del V. Padre, llamandole del confessorario para hacerle el ruego. Oyó la petition, y abrazado en zelo de la vindieta publica, prorumpio en estas razones: „ Para esso me llaman? Yo discurri, „ que era para confession, y „ por esso sali: y siendo lo contrario, que se los den, Justicia, Justicia. Y despues dandole

dole los brazos al Juez, le repetia: „ Justicia, que con esso „ no seràn tantos los que se piden: Dios se lo pague: Justicia, Justicia, ahora lo quiero mas: Dios le pague la charidad: buena mission de penitencia: si assi lo hicieran todos, no se perdieran tantos. Ello es cosa asentada, que como los Justos se abstienen de lo malo por el temor de la culpa, los malos dexan de ser peores, atemorizados de la pena, como lo cantó un Erudito, enseñado de la experiencia.

Hallandose ya en el Colegio de Guadalupe, fue en cierta ocasion à hospedarse al Convento del Gran Padre de la Iglesia San Augustin de la Ciudad de Zacatecas, como lo hacia muchas vezes. Una tarde salio à predicar à un Barrio, que nombran el Chipinque, y es Doctrina de aquel Convento. Aviendo predicado con el apostolico zelo, que siépre acostumbra, volvio à recogerse, algo entrada la noche. Estando ya en la celda para tomar algun descanso, llamaron à deshora à la Porteria, pidiendo, fuesse à una confes-

sion el Padre Fr. Antonio. Eitaban presentes el R. P. Prior, y otros Religiosos, quando le dio el Portero el avilo, y se escusó, suplicando al R. Prelado embiasse otro Religioso. Hizolo assi, y aviendo buscado al que llamaba para la confession del enfermo, no se halló, con averse puesto toda diligencia para ello. Quedaron los Religiosos muy confusos, y admirados de ver se avia escusado del trabajo, el que no supo omitir fatiga en el provecho de sus proximos. Mas cessaron sus admiraciones con otra mayor, y fue decir el V. Padre: „ no avia ido à la confession si „ mulada, porque le querian „ dar una vuelta de palos por „ las verdades tan claras, que „ les avia dicho aquella tarde. Con esto se persuadieron avia obrado con luz superior, no queriendo su Magestad ultraxassen à su Ministro: y se comprueba con el hecho de no aver parecido los que vinieron à llamarle, que como vieron frustrados sus intentos saliendo el otro Religioso en su lugar, echaron à huir, avergonzados de su sacrilego atrevimien-